♦♦♦

*Monja de clausura**

Un análisis desde la perspectiva de género

Consuelo Meza

♦♦♦

Monja de clausura es un relato en el que se integran dos voces, la de Inés, una mujer joven que con un grupo de amigos visita el claustro de Capuchinas que cumple las funciones de museo, y la voz de una monja cuyos murmullos han quedado atrapados en una columna del convento que presenta el fenómeno de una acústica especial. En el sustrato del relato se encuentra presente la imagen de Eva, la mujer que se rebela ante la autoridad divina de índole patriarcal, y la de la serpiente que la induce a cometer el pecado original, un pecado que lleva consigo la connotación del cuerpo como tabú y del pecado de lujuria. Ambas mujeres tienen las marcas de una socialización basada en la concepción tradicional de feminidad, lo que influye para que sean poseedoras de una concepción del propio cuerpo como propiedad del *otro* y una sexualidad reprimida; además, ninguna de las dos es madre.

El grupo de amigos se encuentra intrigado por la manera en que el sonido se transmite de una columna a otra, encontrándose éstas ubicadas de extremo a extremo de la iglesia. Cuando Inés se acerca a la columna, escucha una serie de gemidos y jadeos que le recuerdan la sensación provocada *cuando un hombre le pasa a una con suavidad los dedos sobre los pechos* [Rodas: 24]. El cuento recupera la sensualidad de Inés, expresada a través de todos los sentidos y las fantasías eróticas de la monja. En ambas mujeres el relato termina con el orgasmo.

Inés es la escucha de la monja y a través de las sensaciones que la voz le provoca puede sentir la presencia, el conflicto y experiencia erótica de la otra. Sin embargo, conforme es testigo del conflicto de la monja, se hace visible su propia situación de dependencia. Ambas son mujeres cautivas y son objeto de violencia simbólica.

Inés se encuentra atrapada en las convenciones sociales que no se atreve a desafiar, y en la dependencia emocional hacia el compañero. Sólo aferrándose a David y a su cuerpo logra calmar su inquietud, producto de una crisis genérica. En Inés no hay voluntad de cambio, ama y desea al compañero y no encuentra una salida al conflicto.

La monja se encuentra presa del aparato simbólico y material religioso que la expropia de su cuerpo y sexualidad. En la monja, la voluntad de romper con la dependencia se expresa en la rebeldía para asumir el voto de castidad y el celibato, y la esterilidad que éste supone. Ésta es una crisis identitaria de tipo génerica, y a pesar de que no encuentra una salida real al conflicto, la monja sublima la situación y logra romperlo a través de sus fantasías eróticas. Ésta es una actitud rebelde que denota la presencia incipiente de una mirada bizca, puesto

que inicia su nueva vida integrando a ella sus fantasías, sin culpa ni remordimiento y sin castigos que impliquen la auto-flagelación. En esta actitud, se puede observar un proceso de resignificación de los símbolos religiosos.

Ambas son cautivas, ambas se encuentran marcadas por la renuncia a su cuerpo y su sexualidad que le pertenecen al esposo, y para cumplir esta condición deben regirse por la obediencia. En la monja, además, se encuentra la renuncia al mundo expresada en el voto de pobreza. Para ambas mujeres, la fortaleza para continuar en *el deber ser,* radica en el esposo. No cuestionan la relación de poder y sólo a través de su mirada, y en la cercanía de sus cuerpos, encuentran la paz. Sin embargo, en ellas se encuentra una ansia de libertad, de poseerse y de expresarse como sujeto de deseo.

Inés es una mujer que ha sido socializada en el cumplimiento de los discursos institucionalizados y los dispositivos de la sexualidad que pretenden construirla como cuerpo asexuado. Al igual que cuando era niña, recurre a los símbolos religiosos como una manera de exorcisar los malos pensamientos y las tentaciones.

Los gemidos y la magia del momento le provocan la necesidad de protegerse haciendo la señal de la cruz, *como cuando era pequeña y la oscuridad de mi cuarto me hacía pensar en el diablo* [Rodas: 25], pero la sensualidad y el deseo es más fuerte e Inés permanece con el torso pegado a la columna a pesar de que ésta se encuentra erizada de esquinas que se le incrustan en el vientre. Lo anterior hace alusión a los cilicios utilizados por las monjas, como parte de sus hábitos, para lastimar sus cuerpos como penitencia por los pecados de pensamiento y obra relacionados con la expresión de la sexualidad. En el pecado, encuentra Inés la penitencia. En un intento de calmar la urgencia de su deseo, Inés se aleja de la columna, pero sus sentidos se encuentran despiertos y el ruido provocado por las pisadas en la grama del jardín le susurra como una serpiente hirviendo. Se encuentra aquí la alusión a la serpiente que la induce a la rebeldía y al pecado original. Intenta introducir las manos al agua de la fuente, pero la encuentra caliente al igual que la temperatura provocada por la fuerza de los rayos solares que caen a pico. Este ambiente enrarecido le provoca el deseo hacia David, su compañero. Pero éste sólo puede ser satisfecho abrazándose a las paredes susurrantes de la iglesia. Inés expresa entonces su insatisfacción por la manera en que le es impuesta una concepción de feminidad que la mantiene cautiva y expropiada de la soberanía sobre su cuerpo y de la expresión de su sexualidad. El personaje señala su rechazo por encontrarse *maniatada por las convenciones. Encerrada para siempre entre las buenas costumbres. Atrapada. Para siempre. Empantanada en esta sensación de impotencia. Reprimida. Para siempre* [Rodas: 27].

Inés es, asimismo, una mujer dependiente emocionalmente del esposo y se aferra a su cuerpo para obtener de él la fuerza para continuar cada día con *el deber ser femenino*, sin cuestionar los mandatos culturales que la mantienen en la pasividad y en la entrega.

El recorrido por el claustro continúa y se pueden observar los nichos de tortura y las celdas donde las monjas eran sometidas a diferentes castigos, como el tormento por el agua. Este castigo consistía en encerrar a la monja en un espacio pequeño, bajo una gota permanente de agua, durante semanas y a veces meses. El castigo se aplicaba no por pecados cometidos sino como un medio para sublimar los pensamientos.

Inés se aleja del grupo y regresa a la columna donde es testigo de la rebeldía de la monja, de su protesta por la ropa que la envuelve desde la cabeza a los pies, una ropa que la asfixia y lastima su carne. De su indignación por su cabello mal cortado y los toscos zapatos de hombre que le aprisionan los pies. La monja llora por la libertad perdida y al acercarse al interior de la iglesia, donde tomará sus votos, siente la presencia de una sombra que la espera y el sonido de un órgano que murmura *cosas de Dios, hierve, ronronea, silba y jadea bajo unas manos desconocidas, que imagino trenzadas con mis dedos. Suaves y estrujantes por momentos, alternando la caricia y la opresión* [Rodas: 27]. En esta ambivalencia de sentimientos, o de lucha entre Dios y el diablo, gana la batalla el diablo, la monja se separa del grupo, se quita los zapatos y sintiendo cómo el piso enlosado lame las plantas de sus pies, se acerca a la columna prohibida y frota sus pechos, vagina y piernas contra ésta. Lo áspero de la tela de su ropa no hace las veces de cilicio, lastimándola, sino que exacerba su sensibilidad y la mujer expresa el deseo de

sentir por una sola vez en su vida *la barba acariciante de un hombre que abra sus piernas y sepulte su lengua de serpiente larga y movediza entre los labios vaginales* [Rodas: 28]. En esta metáfora se encuentra la alusión a la serpiente que la seduce en el pecado.

Inés intenta alejarse de la columna, su ropa interior se encuentra mojada, intenta exorcizar la tentación santigüandose, pero es más fuerte la lujuria; sus fantasías y las de la monja se vuelven una, y puede verse ante una imagen de Cristo crucificado que con una mirada cómplice la invita a permanecer de rodillas. De nuevo escucha las protestas de la monja por su cuerpo que no volverá a experimentar la satisfacción del deseo que la llena, la caricia que proviene de esa columna, dura y recia como el miembro de un varón y, sobre todo, la protesta dolorosa por la maternidad negada, *por esa pez rojiza que navega por su vientre y que nunca será liberada* [Rodas: 29]. Pero la dulzura y la sonrisa de ese Dios cómplice la consuela, es penetrada por él y colmada por su semen, pero esto no la convierte en portadora de la inmundicia y del mal, puesto que este fluído es de origen divino y, por tanto, la santifica. Asomada a su rostro divino es salvada de esa castidad impuesta. Para la monja esta experiencia representa un milagro que no volverá a repetirse. No hay remordimiento ni culpa ni conflictos qué resolver: la divinidad y ella, como esposos legítimos que son, han realizado su amor. La monja decide cruzar el arco y tomar esos votos que la conducirán a consagrar su vida a Dios y a ese Cristo al que puede regresar todas las noches en sus sueños. Esta mujer ha logrado conciliar el conflicto de la vivencia de su sexualidad, ha sublimado esa energía vital; de la que no se puede escapar, y que ella ha logrado resignificar como el gozo por el amor hacia Dios.

Finalmente, la batalla entre el bien y el mal es ganada por la divinidad. Su experiencia, que ella experimenta como carnal, es el origen de la fuerza que le permitirá vivir en el cautiverio y escapar cada noche en sueños a la libertad y al placer.

Sin embargo, continuará viviendo en la negación de lo aprendido como substancial en la mujer en el nivel de lo objetivo (el arreglo físico y el lenguaje corporal) y de la subjetividad, en el celibato, la esterilidad y sometida al pacto de la servidumbre.

Inés, asustada, luchando contra el deseo, escapa con alivio, y se pregunta: *¿Dónde vivían para siempre esas mujeres separadas del mundo? ¿Quién puede huir de sus deseos?* [Rodas: 29]. Inés no cuestiona su propio cautiverio ni se pregunta sobre el lugar donde han quedado enterrados sus propios sueños y deseos. Al llamado del marido, cruza el arco y continúa, sin cambios, con su vida.

La metáfora del arco, que se encuentra presente en ambas mujeres, significa la aceptación del pacto y de la condición de cautiva. Sin embargo, en la monja se da un proceso subjetivo de resignificación de los símbolos institucionalizados y de negociación con el contexto social. Es ella la que expresa la imagen de Eva, la mujer rebelde.

Con relación a las estructuras bajo análisis, ambas mujeres se encuentran al margen de las estructuras de producción y reproducción, son esposas pero no son madres.

Es posible observar que han sido socializadas en los valores tradicionales que las construyen como mujeres cautivas. La monja logra resignificar estas enseñanzas, pero Inés permanece en ellas. Estos conocimientos referidos a la expresión de la sexualidad son desafiados y resignificados por la monja como la entrega en cuerpo y alma a su esposo divino. Por su parte, Inés experimenta el deseo sexual que ella analoga con la lujuria, un deseo que ella no puede tomar la iniciativa para darle satisfacción porque se le ha enseñado que es el varón el que debe tomar la iniciativa y que ella es el receptáculo de la acción de él.

La columna cumple la función de la figura estético-feminista del espejo que enfrenta a las dos mujeres con su condición de cautiva y con un proceso de concientización que da origen a una crisis de identidad de tipo genérica. La monja asume esta crisis aceptando el reflejo de esa mirada bizca que la construye como una mujer en transición hacia otra construcción de feminidad que transgrede y desafía el discurso cultural. En Inés no se encuentra esta mirada y ella permanece en el *deber ser* femenino. ♦

* Rodas, Ana María. "Monja de clausura", en: *Mariana en la tigrera*. Fundación Guatemalteca para las Letras y Editorial Artemis-Edinter, Guatemala. 1996, pp. 24-33.



José de Jesús Ornelas A., 12 años.